



**XLVII CERTAMEN LITERARIO “VILLA DE MADRIDEJOS”
PREMIO PROSA
AUTOR: JOSÉ LUIS BRAGADO GARCÍA**

1

RESIDENCIA CINCO ESTRELLAS

Desde la Edad Media, el símbolo del gremio de los cerveceros es la estrella de David; y lo es porque cada una de sus puntas representa los elementos necesarios para elaborar una buena cerveza: el malteado, la cocción, la fermentación, el aire, el agua y el fuego. Y tal fue el reconocimiento de este símbolo con el gremio de cerveceros que, todo viajero o peregrino que recorría los caminos de Europa, sabía que ya fuera en posadas o monasterios, si hallaban estrellas en el pórtico encontrarían dentro buena cerveza. Pero este no es el caso de la residencia de la tercera edad “Cinco Estrellas”. Esta residencia, acomodada en un monasterio restaurado, brinda una atención geriátrica excelente y vanguardista, siendo la mejor y más cara de la ciudad. Y como peculiaridad, acoge por caridad a un cinco por ciento de ancianos pobres de solemnidad. Pero, en esta residencia, a pesar de las “Cinco Estrellas” de su fachada, de cerveza... ¡Nada de nada! Ley seca para residentes y visitantes.

Uno de los acogidos del caritativo cinco por ciento de pobres es Ramón Mamblas; un hijo, nieto, biznieto y tataranieto de militares, un error de la genética familiar que tiró por el camino del bicarbonato en vez de enfilear la senda espinosa y difícil de la milicia, haciéndose boticario. Y lo fue excelente. Preparó y comercializó milagrosos jarabes balsámicos; emplastes de todo tipo e incluso patentó las píldoras “Vergara”... vendiéndolas como mano de santa para la impotencia. Infortunadamente, fue



apartado del oficio por unas calumniosas afirmaciones -como él aseguraba- de la industria farmacéutica. Sus últimos años los pasó entre mendigando y vendiendo su postrero invento: el chicle “Flor de Malta”, que trajinaba de puerta en puerta con el eslogan de: “el chicle natural fabricado por la madre naturaleza”; proporcionando al masticarlo, la sensación de degustar una exquisita cerveza.

2

Al año de su admisión en la residencia, el destino quiso que Ramón Mamblas, al descubrir en un lugar ruinoso y en desuso del monasterio lo que fuera una olvidada rebotica, le viniera la tentadora idea de fabricar en secreto, una artesana y bien hecha cerveza que hiciera honor a las “Cinco Estrellas” que anunciaban el nombre de la residencia en la fachada. Para ello contaba con los materiales hallados: alambiques de cobre, matraces, hornillos, peroles, cazos, clisteres, pildoreros, espatuleros... todos ellos útiles usados en su día para efectuar fórmulas químico-galénicas.

No le fue difícil reclutar a dos ayudantes del gremio del cinco por ciento de pobres: Jose Luis Bariego. Un tipo alto, bien enjaretado, de modales cultos, palabrería fascinante y resoluciones cabales, asiduo de albergues. Bariego fue capitán de barco mercante y, posee amigos entrañables desde Hong Kong a Odesa y desde Ushuaia a New York. Además, atesora esa universalidad que le permite no hacer ascos a nada, por eso no es de extrañar que en una taberna de Ámsterdam, obnubilado por la cereza del garito, su barco partiera sin él tras esperarlo siete días. Los últimos años –entre cerveza y cerveza- fue cosario de poco coste en la cafetería de la audiencia, con lo cual es conocido de jueces, magistrados, abogados, leguleyos y golillas, lo que resultó una astuta y útil inversión pues hay que tener amigos hasta en el infierno.



El segundo ayudante: Jose Luis Villasante, es un hombre de letras raudo y ajustado. El soneto lo enjareta en un amén, los sonetos acrósticos en un santiamén, y un romance panegírico con un total de ciento cuarenta y cuatro octosílabos puede hilvanarlo en menos que canta un gallo. Pero, su mayor gloria la obtuvo en un certamen nacional al componer en 24 horas, sin comer ni dormir y, con el único respiro de veintiséis cervezas y sus respectivas micciones; hasta 283 sonetos con un total 3.962 versos endecasílabos. Bohemio empedernido, se ganó la vida ofreciendo por bares y cafés poemas a cambio de la voluntad.

Gracias a las leguleyas amistades del capitán, salvaron la prohibición de salir solos de la residencia para hacerse con los ingredientes de la cerveza: malta, lúpulo y levadura. Embotellarla fue algo más difícil pero, ahí entró en juego la imaginación. La empresa de fabricar una cerveza artesanal había surgido en el lugar más inesperado y en el momento menos previsto. Semanas después, durante el funeral de un residente y, tras escuchar al capellán en el sermón proclamar lo cerca que estaban todos -por la edad- del polvo eres y en polvo te convertirás; los tres acordaron como corte de mangas al ya próximo *"requiescat in pace"*, el hacer la primera cata para apreciar las propiedades organolépticas de la secreta cerveza artesanal. Y consensuaron hacerlo en las horas previas al baile anual de carnaval que el centro organiza para los residentes. Hombres muy bragados, la degustación no la harían escondidos en sus habitaciones; aquella excelente cerveza requería como complemento el oxígeno del aire libre; así que eligieron un banco apartado del jardín.

Llegado el día, con dignidad cartujana y en el más compacto de los mutismos, tomaron asiento y sacaron las birras. Pero, quiso la providencia que apareciera por allí



paseando la iridiscente señorita Eva. Por supuesto, como caballeros, la invitaron asegurándole que el contenido de aquellos botellines era un excelente elixir de propiedades saludables. Tras unos tragos de tanteo, animada por el sabor y el punto eufórico de la cerveza, la señorita Eva, se bebió tres botellines...

4

A la señorita Eva, -bajo los efluvios de la balsámica cerveza-, de camino a su habitación para preparar la indumentaria de carnaval; le vinieron multitud de recuerdos que componían el fluyente rompecabezas de su identidad. Desde niña le enseñaron a ser una señorita. Recordó a Don Mariano, su primer confesor, previniéndole contra el varón que sólo intentará saquear su virtud; viendo desde ese juvenil día en toda mirada masculina una amenaza y un acoso. Comenzaba así para ella el fatigado itinerario del recato; la represión mental y gestual: (miedo a exhibir intimidades, a mirarse en los espejos desnuda, a la noche, a los cines, a los vestidos cortos que dejan ver frondosidades, al rayo de los malos pensamientos, a los turbios deseos, a los bailes y fiestas). Temor ardido que la sumió en una infinita y dura soledad durante toda su vida. Soledad que la empujó a entrar en esta residencia tras su jubilación, no por necesidad física, sino, buscando la compañía.

Pero aquella tarde, influenciada por la euforia que le proporcionaron las cervezas, pensó dar un cambio brusco en su vida. Sí, es cierto, que algunos juzgaron que su disfraz era muy provocador pero, ¿No era el baile de carnaval? Con esmero, Eva se puso una minifalda de cuero rojo, camisa blanca escotada, medias negras, zapatos de medio tacón, y máscara veneciana. Desde luego, la naturaleza se había esmerado con ella, y así de acicalada hacía bastante joven. Y es que la sensualidad que siempre acompañó a la señorita Eva, no había desaparecido con la senectud; lo que inducía a



que muchos hombres allí asilados, llenos de soledad y amargura, al mirarla edulcoraran su amargor; porque contemplar a Eva, sus ojos, el mero intercambio de su mirada, era suficiente gesto para ilusionarse de nuevo.

Así que no es de extrañar que, cuando apareció en la pista contoneando sus párvulos setenta años al son de un bolero, los “moscones” se quedaran encandilados y presos de una

elevada excitación; constituyendo todos ellos una comparsa disfrazada de bomberos, toreros, payasos, etc., en medio de un arpegio de latidos desbocados que los hacía engullir tranquilizantes contra la taquicardia como si fueran gusanitos.

Allí estaban todos disfrazados y peripuestos. Ellas, alegres y dicharacheras. Ellos, zarandeando los disfraces al compás de la música como una torpe charanga de caderas rígidas y cabezas pelonas en horas de diableo. El baile iba muy bien hasta que varios “abuelos alfa” quisieron bailar exclusivamente con Eva, para de paso, enredar respuntes entre los botones de su escote y minifalda; labor que no lograron porque con inusitada destreza, ella paró los pies a todos los individuos que se quisieron propasar. Es cierto, que la trifulca de los “abuelos alfa” por disputarse la exclusiva compañía de Eva, concluyó en grotesca pelea senil; donde los gordos braceaban como un gigante Briareo artrósico; y los flacos, -en notoria inferioridad de peso-, mordían brazos, torsos y orejas, hasta despegar sus dentaduras para, una vez despegadas, con ferocidad felina, seguir mordiendo con sus desdentadas pero cortantes encías. Cierto que de resultas de la tangana hubo varios hipertensos al borde del síncope. Concluyendo el baile carnavalero, con varios heridos en el hospital provincial que



colapsaron las urgencias de trabajo... y de risas; porque todos llegaban disfrazados y...

¡Con qué pintas! “

Pero, eso no daba derecho al padre Estanislao, a que en la homilía del día siguiente, acusara a Eva delante de todos los residentes de tener el alma y el cuerpo sucios, amén de llamarla pindonga, bigarda y meretriz de ramería. Y en dolida respuesta Eva, desde su banco, en un arrebató por tanta injuria, a gritos, contestara que lo que olía a podrido era su sermón, que ella no había cometido ningún acto pecaminoso y, que cada cristiano en vez de calumniar habría de mirarse en su propia pila. Indignada con el capellán, le acusó de ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el suyo; porque cuando vienen las tortolitas a visitar a los residentes, y algunas enseñando casi el palomar, él no abre el pico; es más, embobado revolotea entorno a ellas. Así que si disfrazada de moderna y siendo hembra como ellas, era acusa de pecado de escándalo ¡Que venga Dios y lo vea! -Añadiendo-, ya lo dijo Santa Teresa en su mejor libro: “prefiero a las hermanas, porque hay algunos capellanes que ablandan brevas en la trastienda...”.

Y sin esperar a que concluyera la misa, afligida, se fue a la habitación del capitán Bariego en busca de comprensión y consuelo. Siete horas y algunas cervezas después, Eva sale de allí desnuda y con el rostro empalidecido. Con mímica inconexa camina por los pasillos que desembocan en la capilla. Aunque algunos residentes se escandalizan al verla, a otros la visión del barroquismo de su desnudez, los envuelve con la voraz y olvidada enredadera de la pasión, llenándolos de un alucinado y gratificante frenesí.

Al llegar a la capilla, desolada y en la más absoluta desnudez, Eva frota con el agua de la pila bautismal cada una de las partes de su carne pecadora para purificarse,



exclamando fuera de sí y con rotundidad: *“¡Se me ha muerto el capitán encima! ¡Está muerto! Está muerto... Yo, yo... Le he mandado en pecado al infierno... Arderá eternamente... ¡Dios mío! Mea culpa... perdón... mea culpa...”*

7

Villasante el poeta, presuroso, la cubre con un manto parroquial; momento en que Eva, arrodillada, toma las manos del farmacéutico Ramón Mamblas y las aprieta con fuerza; luego, cierra los ojos y comienza a llorar con desconsuelo. El farmacéutico, acariciándola el pelo, le dice con un sosegado susurro: *“Señorita Eva, el capitán Bariego sólo está desvanecido. No se asuste, no está ni muerto, ni quemándose en el infierno... Donde sí está ahora es en la gloria... Gracias a usted... ¡Y a mí cerveza!”*